



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: El Nuevo Mundo

Autor: Ramírez Mercado, Sergio

Forma sugerida de citar: Ramírez, S. (1992). El Nuevo Mundo. *Cuadernos Americanos*, 5(35), 110-116.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VI, núm. 35, (septiembre - octubre de 1992).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EL NUEVO MUNDO*

Por Sergio RAMÍREZ MERCADO

ESCRITOR Y EX VICEPRESIDENTE DE NICARAGUA

LOS GRANDES ANIVERSARIOS comienzan como espectáculos fastuosos y terminan en debates sin solución. La celebración de los quinientos años de la llegada de los conquistadores españoles a América, luz, sonido y color, es un espectáculo metropolitano que nos regala Europa, y nosotros, desde el otro lado del Atlántico, aceptamos algún papel, por pequeño o contestatario que sea, en la gran conmemoración. Al fin y al cabo, por derecho propio, somos los sujetos de la celebración y de la discusión.

Ni siquiera hay acuerdo todavía en cómo llamar a este magno aniversario. Conquista, genocidio, exterminio, avasallamiento o descubrimiento, encuentro, mezcla de culturas. Alguien dirá choque de culturas, fusión de razas, leyenda blanca o leyenda negra. Drama revivido para tantos, de aquel lado de donde yo vengo, o comedia para los grandes promotores del espectáculo, de este lado.

Pero hay cosas que no pueden dejar de admirarse por su inmensa categoría de *kitsch*. El matrimonio entre la estatua de Colón, erigida en Barcelona, y la Estatua de la Libertad, erigida en Nueva York, por ejemplo. ¿A quién pudo habersele ocurrido cursilería más monumental? Dos estatuas que se casan en los jardines del Caesar's Palace de Las Vegas, la capital de los juegos prohibidos que Benjamin Bugsy, un gángster imaginativo con alma de artista, inventó de la nada en el desierto de Nevada, todo un milagro de la pujanza del capitalismo.

El caso es que los miles de convidados a la boda comerán, o ya comieron, no lo sé, su cena sibarítica dispuesta en las cajuelas de coches Cadillac y Rolls Royce, a la luz de candelabros mágicos, vestidos todos de etiqueta; la novia recibirá un gigantesco anillo de

* Palabras leídas en la apertura del Festival Internacional de la Canción, Utrecht, Holanda, 3 de mayo de 1992.

bodas fabricado seguramente por Tiffany's, que calce en su dedo de cemento, y un par de zapatillas de tacón, también gigantescas, como regalo de una zapatería española. Se han invertido millones de dólares en esta boda supercolosal. Luego, los millonarios invitados irán a jugar seguramente póquer a los casinos. Y toda esta historia de quinientos años, ¿no ha sido acaso una interminable partida de póquer con cartas marcadas?

En el fondo del asunto hay una ambición por seguir repitiendo la partida de póquer, una especie de fijación histórica, porque las carabelas están siempre llegando a las costas de América. Un día de estos leí que los tripulantes de otras nuevas carabelas, construidas según el modelo de la Santa María, La Pinta y La Niña, se declararon en huelga en Puerto Rico, quejándose de las pésimas condiciones laborales, y se negaron a proseguir el viaje. Imaginémos una huelga similar a medio océano, que el almirante Cristóbal Colón no hubiera podido dominar. Hoy, la historia sería diferente, y a lo mejor nos hubiéramos ahorrado esta celebración de los quinientos años.

Y no olvido que hace cien años, mientras un compatriota mío, descubridor y renovador de la lengua castellana, el poeta Rubén Darío, viajaba desde Nueva York a Barcelona, pudo atestiguar, en medio océano, cómo a bordo de un barquichuelo de vela el coronel Andrews, un venturoso yanqui que había servido en el ejército de su país en la recién concluida guerra contra España, en Cuba, repetía, al revés, la ruta de Colón, en una travesía solitaria, pretendiendo llegar desde Salvador, en Las Bahamas, al puerto de Palos de Moguer. Iba patrocinado por el jabón Sapolio, una marca ahora desaparecida; pero sería como si una aventura igual fuera patrocinada hoy por Procter and Gamble o Colgate-Palmolive, las transnacionales que fabrican pastas dentífricas, desodorantes, detergentes y jabones de baño. ¿No es ésta, acaso, una celebración de las transnacionales? Burberry's viste de frac a Colón, para su boda, Balenciaga a la estatua de la Libertad. ¡Oh, libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!

¿Por qué será recordada en el siglo próximo esta celebración? ¿Por el examen crítico que logremos hacer del hecho de la conquista de América, o por los Juegos Olímpicos de Barcelona, que verán centenares de millones de televidentes alrededor de todo el planeta? La pregunta parece sobrar. A muchos, desde aquel lado del Atlántico de donde yo vengo, nadie los oirá. Pero desde la perspectiva comercial de las olimpiadas mundiales, los quinientos años

pasarán a la posteridad, seguramente, como una celebración japonesa, Sony, Mitsubishi, Toshiba, los nombres inscritos en las vallas de los estadios y demás lugares de competencia, que todo el mundo verá desde sus pantallas.

Éste no es, pues, un asunto entre España y América nada más. El aniversario colosal, es cierto, saca de nuevo los libros de cuentas olvidadas, todavía por pagar, pero se trata de cobros inútiles, vistos en la perspectiva de una relación contemporánea que no puede esperar todo de la recreación del pasado. En 1492, lo que empezó en mi continente fue la gran olimpiada del capitalismo voraz, que fue rompiendo siglo tras siglo todas las marcas establecidas, la carrera más veloz, el salto más alto, la interminable competencia de natación, estilo libre, a través de todo el océano Atlántico: España, Portugal, Inglaterra, Francia, Holanda...

En 1892, hace un siglo, España era un corredor en competencia de relevo ya agotado, y no tardaría en entregar la estafeta a los Estados Unidos. Después de cuatro siglos, el poderío español, en cuyos dominios no se ponía el sol, llegaba a su triste final. Regreso a mi paisano inevitable, Rubén Darío, quien estuvo en Madrid para aquellas celebraciones crepusculares como parte de la delegación oficial de Nicaragua. Luego, el poeta fue testigo del derrumbe imperial como corresponsal del diario *La Nación* de Buenos Aires, y recogió sus artículos en el libro *España contemporánea*, publicado en 1899, donde cuenta la historia de aquella debacle que hacía cundir el pesimismo en la Península: en 1898, en una guerra relámpago, Estados Unidos le había arrebatado a España la isla de Cuba, la última de sus posesiones coloniales en América, y ese mismo año España se vio obligada a capitular, firmando el tratado de París. Cuba no ganaba su independencia: pasaba a ser un protectorado de los Estados Unidos. Y a partir de entonces, Estados Unidos, ya no en frágiles carabelas, sino en poderosos acorazados, iniciaba su conquista colonial del Caribe.

Hoy se habla mucho del pesimismo de la historia, del fin de las utopías, como si Spengler saliera de su sarcófago filosófico para asustar a los incautos. Darío encontró ese pesimismo en España, que desde comienzos del siglo XIX había empezado a perder, una a una, todas sus antiguas colonias en América, a través de las guerras de independencia libradas por los criollos: "los políticos del día parece que para nada se dan cuenta del menoscabo sufrido", anota.

Pero Darío era un mestizo —esa condición que para nosotros representa al mismo tiempo dudas, desafíos y condena— y

sintiéndose de alguna manera heredero de aquella España derrotada por la historia, agregaba en otro de sus escritos, refiriéndose a los yanquis:

No, no puedo, no quiero estar de parte de esos búfalos de dientes de plata. Son los enemigos míos, son los aborrecedores de la sangre latina, son los bárbaros. Así se estremece hoy todo noble corazón, así protesta todo hombre digno que algo conserve de la leche de la loba.

La loba ya no podía amamantar a nadie; había sido despedazada por el águila de garras enjoradas con rubies.

Eran ya otros bárbaros. El fin del dominio español en América se sellaba no a través de una guerra de independencia, sino de una guerra colonial. Los nuevos bárbaros vendrían también a destruir civilizaciones, como a partir de 1512 las hordas de conquistadores españoles habían iniciado su metódica tarea de destruir todo vestigio cultural y étnico en América. En Nicaragua, miles de indios murieron despedazados por los perros de presa, agotados de hambre y de sed en las minas de oro, hacinados en los barcos que los llevaban al Perú como mano de obra esclava. Pero la España de finales del siglo XIX apagaba ya sus resplandores de sangre.

El latinoamericano, y aquí para ser precisos, el nicaragüense, fruto de la conquista, o sobreviviente, como queramos llamarle, quedaba allí, defendiendo su destino; un destino que la filosofía metropolitana, el *dictum* europeo, seguiría poniendo en duda, negando nuestro derecho a la identidad; un derecho sometido a los embates permanentes de diferentes formas de conquista y colonización, renovadas a lo largo de la historia de quinientos años bajo diferentes signos.

Veamos este acoso como un asunto metropolitano, y por lo tanto, europeo. En lo que me toca, Nicaragua no fue conquistada sólo por la España de los Reyes Católicos, ni colonizada sólo por la España de Felipe II y Carlos V. La mitad de Nicaragua fue sometida a la voracidad implacable de los aventureros, bucaneros y corsarios ingleses, protegidos por la Corona británica: la costa del Pacífico para los españoles, la costa del Atlántico para los ingleses. Toda Nicaragua, después, para los Estados Unidos.

En 1848, los ingleses idearon en la costa atlántica de Nicaragua su propia celebración, un *kitsch* de la época, no menos cómico pero tampoco menos sombrío: escogieron a un indígena miskito, aficionado al ron que los barcos de la armada de Su Majestad Británica

llevaban en barricadas desde Jamaica, y lo coronaron rey bajo el pomposo título de George William Clarence I, en una vistosa ceremonia celebrada en Bluefields, una aldea de chozas de paja en medio de la selva, proclamada capital de aquel imperio de opereta. El monarca quedó en libertad de elegir a su corte y nombrar marqueses, condes y barones entre sus allegados descalzos, pero fue obligado a firmar ante sus patrocinadores ingleses cuanta concesión para explotación de madera le fuera presentada.

Dados estos antecedentes, ¿no sería posible otra fastuosa boda entre la estatua del mariscal Nelson, que se levanta en la plaza de Trafalgar, y la Estatua de la Libertad? Nelson estuvo con su armada en Nicaragua; en su retrato del Museo Naval en Greenwich, el castillo de la Inmaculada Concepción, la fortaleza española del río San Juan, frontera militar entre los dos imperios en pugna, puede verse en el fondo.

Espanoles, ingleses, yanquis. Para mí, sigue siendo un asunto metropolitano. Los Estados Unidos que salen a conquistar el Caribe desde el siglo XIX, Cuba, Santo Domingo, Haití, México, Honduras, Guatemala, Nicaragua, son también una potencia europea, la nueva potencia europea, parte de la vieja alianza del Atlántico norte. Estados Unidos, como potencia militar, no surge más que como un enclave europeo en el continente americano, muy a pesar de la sentencia excluyente de Monroe, *América para los americanos*. La presa era de quien pudiera tomarla.

Y antes que España perdiera Cuba, defendiendo sus glorias marchitas con viejos fusiles de chispa y cañones alimentados por la boca contra la moderna flota yanqui armada con tecnología bélica de punta —cohetes teledirigidos con rayos laser contra cohetes alimentados con kerosén, como lo vimos en esa otra gran superproducción a todo color que fue *La tormenta del desierto*— aquella concepción política de conquista militar, desde el enclave en expansión que eran los Estados Unidos, tuvo su primera prueba precisamente en Nicaragua.

William Walker, calvinista fundamentalista, filósofo del destino manifiesto, adalid de la expansión imperial, esclavista de corazón, seguidor implacable de la teoría del conde de Gobineau sobre la supremacía de la raza blanca, desembarcó en Nicaragua a la cabeza de una tropa de aventureros sureños en 1855, y se proclamó presidente del país, a la vez que restablecía la esclavitud. Su libro *The war in Nicaragua* es una maravilla exegética sobre la esclavitud: los blancos, dueños del mundo porque han sido bendecidos por Dios

con la inteligencia; los negros, sus esclavos, porque tienen fortaleza física para trabajar: blancos y negros, inteligencia más músculo; los mestizos, haraganes inservibles, deben ser exterminados. Por allí, en algún parque de Nashville, Tennessee, en el sur profundo del Ku Klux Klan, William Walker tiene una estatua. ¿Sería posible una boda en el Caesar's Palace de las Vegas entre la estatua de William Walker y la Estatua de la Libertad?

Walker quería borrarlos de la faz de Centroamérica a los mestizos, cruce de indios y españoles, forzado o no, eso no le importaba. No servíamos para la civilización. Los indios, por supuesto, tampoco servían. En los Estados Unidos, para finales del siglo XIX, ya sólo irían quedando en efigies de madera, para anunciar los expendios de tabaco, después de ser exterminados en alegres cacerías en las praderas del oeste. Ahora, cada 12 de octubre, día de la raza, los elegidos de la providencia se disfrazan de apaches y pieles rojas para desfilar por la Quinta Avenida de Nueva York, o en los festejos anuales de Pasadena, California. Mientras tanto, los sobrevivientes de aquel inmenso genocidio bendecido como épico desde los santuarios de Hollywood luchan por sus derechos de minoría sobreviviente, casi olvidados, empeñados en no ser un símbolo comercial más de ese gran Disneyworld que son los Estados Unidos.

Igual que los otros indios americanos, los quichés, los cakchiques de Guatemala, víctimas del exterminio permanente; o como los indios talamancas de Costa Rica, que deben sacar cada año ante las autoridades de las oficinas de migración permiso de residencia para vivir en su propia tierra, todos los latinoamericanos, de alguna manera, necesitamos permiso para vivir en nuestra propia tierra, luchando por conquistar, a lo largo de quinientos años, nuestra propia identidad.

Cuando se apaguen los fuegos pirotécnicos de esta monumental celebración, encendidos en Europa, y que nosotros vemos alzarse en los cielos desde lejos, a través del océano, en América seguiremos en busca de esa identidad que es la clave de nuestro destino histórico.

América es un nombre que, si nosotros no se lo pusimos al continente, después de cinco siglos por lo menos ya debería ser nuestro: el nombre de un navegante portugués, dicen, Américo Vespucio; hay quienes afirman, sin embargo, que el nombre de América viene de la sierra Amerisque, una cadena de montañas que se alza en el corazón de Nicaragua. El debate no es principal, muchos lo ignoran, y parecería, en todo caso, banal. Pero sí hay una verdad:

América es un nombre que nos ha sido expropiado. Estados Unidos no es ningún nombre propio para un país, y Estados Unidos nos confiscó, entre otras muchas cosas, el nombre América.

Cristóbal Colón, el desgraciado Almirante de la Mar Océano, murió pobre y ultrajado, sin saber siquiera a dónde había ido a dar con sus carabelas, al grado que nunca dejó de creer que había llegado a las Indias, un nombre ajeno también para nosotros. Indios siguieron llamándose, y se siguen llamando los hijos primogénitos de esa tierra inconmensurable que sigue en busca de su identidad, en busca de su destino y en busca de la justicia, el único de los dones por el que valdrá la pena seguir luchando hasta encontrarlo. Ése deberá ser nuestro propio descubrimiento, y nuestra propia celebración.

La identidad en la diversidad, y la justicia como identificación común, la democracia verdadera como expresión de la justicia. No somos homogéneos, y sería triste la homogeneidad como ambición de una comunidad de pueblos que si tiene alguna riqueza inagotable ésta es su propia diversidad étnica y cultural. Nuestra ambición es la integración en la diversidad, y la modernidad, como sello de una lucha que no se extingue y que nos mantiene abiertas todas las puertas del futuro.

Romper con la dominación metropolitana es parte de esa ambición no cumplida y nuestra única forma de no agotarnos ni perecer. Lo sabemos, y por eso no nos sentimos envejecer; por el contrario, nos renovamos en cada momento, pese a las adversidades impuestas. Quizás la única invención europea justa respecto de América fue llamarnos el nuevo mundo. Y eso es lo que somos: un mundo nuevo, el nuevo mundo.

Realizar nuestra propia utopía, nuestra propia quimera; ése es el desafío permanente y nunca agotable del futuro. Porque miraremos siempre hacia el futuro. Las celebraciones del pasado son celebraciones muertas, y sólo nos serán útiles en tanto nos sirvan para extraer de las experiencias acumuladas las enseñanzas necesarias para seguir hacia adelante. La historia no termina en 1992.

América, la propia, es en sí misma nuestra gran utopía. Una utopía que, lejos de morir, renace siempre. Nuestra América. Nuestra Utopía.